

UNA VISITA A LA HABITACIÓN DEL GATO DE SCHRÖDINGER

María José Toquero del Olmo

Soraya le estrechó la mano y se buscó en sus ojos. “¿Quién eres?”, preguntó él. Ella esbozó una sonrisa y guardó silencio.

Cuando Soraya lo conoció, Fernando Represa Herráez era un joven profesor del Departamento de Química Inorgánica que simultaneaba sus tareas docentes con la tesis doctoral. Alto y de complexión atlética, el pelo negro azabache, grueso y abundante, y los ojos, serenos y de mirada envolvente, muy del gusto de las féminas. “¡Está como un tren!”, dijo la compañera que se sentaba al lado de Soraya, dándole un codazo, y ella estuvo de acuerdo. Represa era inteligente y tenía además una memoria prodigiosa. Era capaz de repetir una larga lista de radios atómicos sin titubear lo más mínimo. Cuando alguien se sorprendía de esa facilidad, siempre contestaba lo mismo: “El uso ha hecho que fijara esas cifras en mi cerebro, como antiguamente les sucedía a las telefonistas que marcaban con frecuencia un número de teléfono”. No era esta su única habilidad. Era un buen profesor y sus clases resultaban muy entretenidas.

- La prueba que van a presenciar es un homenaje a Antoine Lavoisier, científico padre de la química moderna –dijo el primer día de clase, después de presentarse, y continuó: –Él ha hecho posible que ustedes y yo nos encontremos aquí, dispuestos a emprender el viaje de la Química Inorgánica. Espero ser su capitán y que esta travesía les resulte tan apasionante como me resultó a mí en su día la que inicié con don Pedro Satrústegui, insigne catedrático de la materia que hoy imparto yo. Espero igualmente que, cuando en el ejercicio de su profesión se encuentren en una encrucijada, recuerden sus conocimientos químicos y opten por respetar el equilibrio medioambiental. A eso le dedico yo mi vida

“Soraya, me llamo Soraya”, dijo ella, intentando abrir con su nombre un sendero en la memoria de Fernando Represa. Él solo acertó a devolverle una mirada amnésica. “¿Cómo te llamas tú?”, se atrevió a preguntarle Soraya. Él buscó desesperadamente un nombre que le permitiera reconocerse. Entreabrió los labios y volteó la lengua, pero su pensamiento se negó a acudir en su auxilio. Claudicó con un gesto de impotencia y solo un bisbiseo salió de su boca. “¡La desmemoria y la muerte acaban por ser la misma cosa!”, concluyó ella y, por un momento, tuvo la sensación de encontrarse en el interior de la habitación de Schrödinger y contemplar a un ser vivo y muerto a la vez.

La asistenta dejó la bandeja de la merienda sobre la mesa. Los dedos de Fernando Represa se curvaron sobre el asa de la taza de malta. En la manera de llevarse la taza a la boca y posar los labios sobre la loza, Soraya reconoció a quien había sido su compañero de departamento y mentor durante más de diez años. Le había visto hacer ese mismo movimiento cuando desayunaban en el bar de la facultad o con el café solo que solían tomar después de las comidas, y también la única vez que Fernando aceptó subir a su apartamento y ella le preparó un café. Un día que Soraya siempre recordó como uno de los más aciagos de su vida. En la intimidad del salón, cuando ella estaba totalmente decidida a declararle su amor, él comenzó a hablar de su familia, de su responsabilidad como catedrático y del sentido del deber que había presidido toda su vida. Soraya comprendió que el mensaje que entrañaban aquellas palabras ponía fin a todo romanticismo entre ellos.

Fernando bebió el último sorbo de malta y se sumergió en un silencio impenetrable.

En el Canal 24 horas proyectaban un documental sobre la isla de plástico del Pacífico Norte, una mancha de residuos plásticos tan grande como la Península Ibérica. Hubo un tiempo en que la contaminación oceánica preocupó mucho al catedrático. “No podemos prescindir de los plásticos – decía–, pero debemos fabricarlos de modo y manera que no perjudiquen al medio ambiente”. Fue por ello por lo que, en colaboración con otros departamentos, puso en marcha una línea de investigación sobre plásticos biodegradables, que le dio grandes satisfacciones y convirtió a su equipo en un referente sobre el tema.

Soraya escrutó el rostro de Fernando. Las imágenes de los plásticos que flotaban en las aguas como natas venenosas pasaban ante los ojos de Fernando sin que él mostrara la menor reacción.

- ¡Cuántas cosas empezaron a perderse aquel día en que te extrañaste de no poder recordar el radio del oxígeno!– reflexionó Soraya en voz alta–.Las lagunas en tu memoria se fueron sucediendo y todo se precipitó el día en que no supiste escoger las monedas para pagar el café. Tengo Alzheimer, me confesaste. Contuviste las lágrimas, mostrar los sentimientos nunca fue tu fuerte, pero sé muy bien que llorabas por dentro. Añadiste que la ciencia no admitía imprecisiones y que tenías que retirarte. Quisiste que yo aprovechara tu trabajo y continuara al frente de tu línea de investigación sobre los plásticos. Esos plásticos que ves en la tele y ahora te resultan completamente indiferentes llegaron a horrorizarte. Puedes conseguir resultados, me dijiste. Haz que mi vida no haya sido en balde, me suplicaste. Yo te respondí que sin ti nada tenía sentido; pero tú no admitiste mis palabras, igual que aquel día que subiste a mi apartamento y me impediste que te confesara mi amor. Ahora, que estás alejado de todo y nada te puede perturbar, te diré que en aquellos momentos sentí mucho dolor y mucha rabia ¡No sabes hasta qué punto me abrumó la responsabilidad que cargaste sobre mis hombros y la soledad en que tu desmemoria me dejaba! Temo, Fernando, que no he sabido responder a las expectativas que depositaste en mí. Hace un mes que nos han retirado los fondos de la investigación. Ahora subvencionan otros proyectos y no hallo la manera de continuar con la tarea que me encomendaste.

Por primera vez en toda la tarde, Soraya se alegró de que Fernando no entendiera sus palabras.

- ¡Qué pena!– exclamó Fernando ante la visión del esqueleto de un polluelo de albatros al que sus progenitores habían alimentado con tapones de plástico, confundiéndolos con pececitos de colores. Los desechos plásticos, de variadas formas, permanecían intactos en el hueco donde estuvo el estómago y formaban un macabro puzle multicolor.

Por primera vez, desde que Soraya entró en la habitación, Fernando la miró a los ojos y ella tuvo el convencimiento de que el Alzheimer no lo había devastado todo.

- ¡Hay que respetar la naturaleza! –exclamó Fernando.

Ella se emocionó e intentó abrir una vía de comunicación que la acercara a quien había sido su mejor maestro. Trato de explicarle su proyecto. Pero, al momento, él apartó la mirada y se acorazó en los neblinosos paisajes de su mente. La habitación volvió a ser como la morada donde vivía el gato, ni vivo ni muerto, de

Schrödinger. Soraya se sintió terriblemente sola, pero decidida a no amilanarse ante las dificultades. “La ciencia es – pensó– una carrera de relevos y yo soy ahora la depositaria del testigo que un día me entregaste”